

necesariamente ha de ser apetecido por sí mismo y en su totalidad, porque ya hemos demostrado antes que también cada una de sus partes es apetecible por sí.

»Y si alguno notare que, al enumerar los bienes del cuerpo, hemos omitido el deleite, dejaremos reservada para otro lugar la cuestión. Porque nada importa, para el asunto de que he tratado, que en esos primeros movimientos conformes á la naturaleza quepa el deleite ó no. Y si, como yo creo, el deleite no completa los fines de la naturaleza, con razón le habremos omitido. Y si fuera verdad lo contrario, tampoco estorba en nada á nuestra concepción del sumo bien. Porque, si á los principios de la naturaleza se les añade el deleite, se les añadirá sólo un bien corporal, y esto no basta para alterar la constitución del sumo bien, que es tal como la hemos expuesto.

»Hasta ahora hemos procedido, tomando por punto de arranque los primeros instintos naturales. Sigamos ahora otro género de argumentación, por donde se demuestre que no sólo nos movemos por amor propio y espontáneo, sino porque cada parte de la naturaleza, así en el cuerpo como en el alma, tiene virtud acomodada para conseguir la perfección en su género. Y empezando por el cuerpo, ¿no veis cómo el hombre, cuando tiene algún miembro enfermo ó débil ó mutilado, procura ocultarlo? Y ¿cómo trabaja para conseguir, si es posible, que no se vea ese defecto corporal ó que aparezca lo menos posible! Y ¿no vemos cómo sufren muchos dolores sólo por curarse, de tal modo que, aunque el uso de estos miembros no haya de ser mayor, sino antes bien menor, su apariencia sea, sin embargo, más conforme á la naturaleza? En suma, por lo mismo que se apeteece lo universal, se apeteece por sí misma cada una de sus partes,

»Y en los movimientos y en los ademanes del cuerpo, ¿no hay nada digno de advertencia? En el andar, en el sentarse, en el semblante, en el ademán, ¿nada hay en esto que nos parezca digno ó indigno de un hombre libre? ¿No creemos merecedores de aborrecimiento á muchos que parecen despreciar las leyes de la naturaleza en los movimientos ó en el semblante? Y si esto se usa, tratándose del cuerpo, ¿cómo no ha de ser apetecible por sí misma la belleza de él? Si creemos aborrecibles por sí mismas la fealdad y la mutilación en el cuerpo, ¿por qué no hemos de buscar con mayor ahinco la dignidad y belleza de las formas por sí? Y si vemos la belleza en el movimiento del cuerpo, ¿por qué no hemos de amar y seguir la hermosura? Y así se ve que apetecemos la salud, la fuerza, la carencia de dolor, y no sólo por su utilidad, sino ellas por sí mismas. Y como la naturaleza quiere perfeccionarse en todas sus partes, desca para sí aquel estado corporal que es más conforme á la naturaleza, la cual toda se perturbaría, si el cuerpo estuviese enfermo ó dolorido ó sin fuerzas.

»Veamos ahora las partes del alma, cuyo aspecto es más deslumbrador, porque, cuanto más excelsas son, más claros indicios dan de su naturaleza. Hay en todos un amor innato de conocimiento y de ciencia, tal, que nadie puede dudar que la naturaleza del hombre se deja arrebatar á estas cosas, aun sin ninguna ventaja. ¿No vemos que los niños, ni siquiera con los azotes, se dejan apartar de la contemplación y averiguación de las cosas? ¿Cómo, aunque los castigáis, preguntan y se deleitan en saber algo! ¿Cómo descan contarlo á los demás, cómo se gozan en la pompa, en los juegos, en los espectáculos, y son capaces de sufrir el hambre y la sed para conseguirlos! Y ¿qué más? ¿no vemos que los que se deleitan en las artes

liberales y en los estudios, no tienen cuidado ni de su salud, ni de su hacienda, y que todo lo sufren con paciencia, absortos en la contemplación y en las dulzuras del conocimiento, aunque se compensen con mil dolores y trabajos los deleites que en aprender obtienen?

»Me parece que Homero quiso dar á entender algo de esto en su ficción del canto de las sirenas, las cuales no solían atraer á los navegantes con la suavidad de su voz y con la novedad y curiosidad del canto, sino prometiendo enseñarles muchas cosas, para que los hombres que desearan aprender fueran á tropezar en aquellos peñascos.

»De esta manera invitan á Ulises. Traduciré estos versos de Homero, como he traducido otros suyos: «¡Oh Ulises, gloria de los Griegos! ¿Por qué no detienes tu nave, para oír la dulzura de nuestro canto? »Nadie ha atravesado por aquí el mar cerúleo, sin detenerse primero, atraído por la dulzura de nuestras voces, y luego, saciando su pecho ávido con la dulzura de nuestros varios cantos, ha vuelto más docto á su patria. Nosotras te contaremos la guerra y la caída de Troya, que los Griegos derribaron movidos por divino numen, porque nosotras sabemos cuanto ha acacido en la ancha tierra.»

»Bien conoció Homero que su fábula no sería creíble, si supusiera que tan prudente varón se había dejado atraer por vanas cantilenas. Y por eso las sirenas le prometen la ciencia, que sin duda para un hombre deseoso de sabiduría debe ser aún más dulce que la patria. El querer saber todas las cosas de cualquier género que sean, es de curiosos; pero el elevarse á la contemplación de cosas mayores y deseos de ciencia, es propio de varones ilustres.

»¡Cuál debió ser el ardor de estudiar que había en

Arquímedes, que mientras trazaba figuras en el polvo, ni siquiera advirtió que su patria había sido entrada á saco por los enemigos! ¡Cuánto ingenio consumió Aristoxeno en la música! ¡Con qué amor dedicó Aristófanes su vida á las letras! Y ¡qué diréis de Pitágoras, qué de Platón ó de Demócrito, á quienes el amor á la ciencia llevó á recorrer las últimas tierras?

»Los que no entienden estas cosas, nunca han amado cosas dignas del conocimiento. Y los que dicen que estas ciencias son cultivadas por el deleite del espíritu, que de ellas resulta, no entienden que los estudios son apetecibles por sí mismos, porque, aun sin ninguna utilidad, se deleita en ellos el alma, y se goza con la misma ciencia, aunque hayan de seguirse molestias é inconvenientes.

»Pero ¿á qué hemos de detenernos más en cosas tan claras? Preguntémonos á nosotros mismos cuánto nos conmueve la contemplación de las estrellas y el movimiento de los soles y de todos los fenómenos que oculta la naturaleza, y cuánto nos deleita la historia, que solemos proseguir hasta el fin, repitiendo lo pasado y siguiendo lo comenzado. Y no ignoro que en la historia hay utilidad, además de deleite; pero ¿no tenemos también placer en leer fábulas fingidas, de las cuales ninguna utilidad puede sacarse? ¿Y no queremos conocer también los nombres de los que hicieron algo, y sus padres y su patria, y muchas otras cosas absolutamente innecesarias? ¿Y por qué el hombre de ínfima condición, y que no tiene ninguna esperanza de intervenir jamás en los negocios públicos, se deleita con la historia? ¿Y no vemos también que los que gustan más de oirla y de leerla son los ancianos, que ya no tienen esperanza de administrar la república? Por lo cual forzosamente hemos de

conceder que en las mismas cosas que son materia de conocimiento, hay cierto estímulo que nos lleva á aprender y á conocer.

»Fingen los antiguos filósofos la vida de los sabios en las Islas Afortunadas, diciendo que, libres de todo cuidado y exentos de las molestias y necesidades de la vida, en ninguna otra cosa pasan su tiempo sino en investigar y aprender, embebecidos en el conocimiento de la naturaleza. Pero nosotros no sólo vemos en esta vida feliz el placer mismo, sino también el alivio de la miseria. Y así, muchos estando en poder de sus enemigos ó de los tiranos, muchos en el destierro, aliviaron su dolor con el estudio y la ciencia.

»Demetrio Falereo, príncipe de esta ciudad, arrojado injustamente de su patria, se refugió en Alejandría, cerca del rey Ptolomeo. Sobresaliendo en esta filosofía, á la cual yo te exhorto, y siendo discípulo de Teofrasto, escribió en aquel ocio calamitoso muchas cosas excelentes, no para el gobierno, del cual había sido privado, sino para el cultivo del espíritu, que él consideraba como alimento digno de la humanidad. Y yo oí decir muchas veces á Cayo Aufidio, que había sido pretor y estaba ciego, que sentía más la pérdida de la vista que la de ningún otro bien. El sueño mismo, si no fuese descanso del cuerpo y medicina de los trabajos, le tendríamos por contrario á la naturaleza, porque nos quita el sentido y toda acción. Y si la naturaleza no buscase el reposo ó lo pudiese conseguir por otro medio, fácilmente sufriríamos su pérdida; como que ahora mismo, por el afán de hacer ó de aprender algo, solemos velar largas horas, aun contra la naturaleza.

»Hay cierto indicio natural muy claro ó, por mejor decir, evidente é indudable, no ya sólo en los hombres sino en todos los animales, por el cual se ve que

»á quien en su vejez acontezca poder conseguir la sabiduría y las opiniones verdaderas.»

»Y ya que hemos tratado de los primeros bienes de la naturaleza, hablemos ahora de los mayores y consigüientes. Engendró y formó la naturaleza el cuerpo del hombre, perfeccionando algunas cosas desde el principio, y otras con el trascurso de la edad, sin valerse mucho de auxilios exteriores ni advertencias. Y perfeccionó el alma lo mismo que el cuerpo, y la adornó de sentidos idóneos para la percepción, de tal suerte que no necesitase nada, ó muy poco, de auxilio exterior para su conformación. Pero lo que hay en el hombre de más excelente, eso lo abandonó á sí mismo. Porque le dió tal entendimiento, que por sí solo puede alcanzar toda virtud, y le infundió, aun sin procedimiento racional, ciertas nociones de las cosas más altas, y le preparó para aprender, y le indujo á desarrollar las semillas de la virtud que en él había; pero de aquí no pasó.

»Y así nos toca á nosotros (y cuando digo á nosotros, se entiende que es al arte) sacar las consecuencias de los principios que recibimos, hasta ver perfecto lo que deseamos, lo cual es por sí mucho más apetecible que los sentidos, ó los bienes corporales que antes dijimos, á los cuales tanto aventaja la perfección del entendimiento, que apenas puede comprenderse cuán grande es la diferencia.

»Y así, todo honor, toda admiración, todo estudio se refiere á la virtud, y á las acciones que son conformes á la virtud; y todas las que residen en el alma, ó las que el alma hace, se comprenden bajo el solo nombre de cosas honestas. Luego veremos cuál es la noción de cada una, y qué es lo que significan sus nombres respectivos, y cuál es la fuerza y la naturaleza de cada cual de estas facultades.

»En este lugar sólo diremos que las cosas que llamamos honestas han de ser amadas por su propia naturaleza, fuera del amor que á nosotros mismos nos tenemos. Bien nos lo manifiestan los niños, en los cuales vemos la naturaleza como en un espejo. ¡Qué contiendas tienen entre sí! ¡Cómo se alegran cuando vencen, cómo se avergüenzan de ser vencidos! ¡Cómo prefieren las alabanzas á las repreciones! ¡Qué trabajos no sufren, para ser los primeros entre sus iguales, qué memoria conservan de los que les hacen bien, qué agradecimiento! Todo esto se ve en los niños de mejor índole; pero en la edad adulta, ¿quién que sea verdaderamente hombre no detesta la torpeza y ama la honestidad? ¿Quién es el que no aborrece una juventud libidinosa y proterva? ¿Quién es el que no ama el pudor, la constancia, aunque no tenga interés ninguno en ellas? ¿Quién es el que no aborrece á Pulo Numitor Fregelano, traidor á su patria, aunque favoreció á nuestra república? ¿Quién no se entusiasma con el recuerdo de Codro, conservador de la ciudad? ¿Quién no alaba á las hijas de Creteo? ¿A quién no es odioso el nombre de Tubulón? ¿Quién no ama á Aristides, aun después de muerto? ¡Y cómo no recordar cuanto nos conmovemos, cuando oimos ó leemos algún hecho piadoso, ó algún insigne rasgo de amistad ó de heroísmo! Y ¿qué decís de nosotros, que hemos nacido y sido educados para la gloria y las alabanzas? ¡Qué clamores, aun del vulgo y de la gente indocta, resuenan en el teatro, cuando un actor exclama: «Yo soy *Orestes*!» y responde el otro: «El verdadero *Orestes* soy yo.» Y cuando el Rey, inquieto y turbado, les concede salir de su tierra á entrambos, ¡cómo descamos que los dos vivan á un mismo tiempo! ¡Cuántas veces se ha representado esto, y siempre con admiración! Nadie hay que no apruebe y alabe aquel generoso

afecto en el cual, no sólo no se busca utilidad alguna, sino que se conserva la buena fe, aun á trueque de ir contra la utilidad.

»De tales ejemplos están llenas, no sólo las fábulas fingidas, sino también las historias, y principalmente la nuestra. Nosotros escogimos un varón excelente para recibir el simulacro de Cibele; nosotros pusimos tutores á los reyes; nuestros generales sacrificaron su vida por la salvación de la patria; nuestros cónsules advirtieron á un rey enemigo, y que ya se acercaba á nuestras murallas, que se guardase del veneno; en nuestra república se encontró mujer que borrarase con la muerte voluntaria el estupro recibido por fuerza, y quien matase á su hija para que no padeciese afrenta: en todas las cuales cosas y otras innumerables, ¿quién hay que no entienda que los que se arrojaron á ellas iban guiados por el esplendor de la virtud y olvidados de su interés, y que á nosotros no nos mueve á alabarlos otra consideración que la honestidad?

»No multiplico estos ejemplos, como podía, por que es materia en que no cabe duda; pero de esto deduzco que todas las virtudes, y la honestidad, que nace de las virtudes y en ellas consiste, son apetecibles por sí. Pero entre todo lo que merece el nombre de honesto, nada hay tan glorioso ni que extienda tan lejos su influencia, como la unión de los hombres con los hombres, y esa sociedad y comunión de utilidades, que podemos llamar la caridad del género humano, la cual, nacida desde el primer momento de nuestra existencia, cuando ya los hijos son amados por los padres, y toda la casa enlazada por los vinculos de la sangre y de la estirpe, va dilatando sus ramas por fuera de ella, con parentescos primero, luego con afinidades, después con amistades; y de las relaciones con los amigos, pasa á las de los vecinos,



y luego á las de los ciudadanos y á todos los que públicamente son aliados y amigos de su república, y finalmente abraza todo el género humano. Este afecto, que da á cada cual lo suyo, y conserva con justicia y largueza la sociedad del género humano, se llama justicia, á la cual van unidas la piedad, la bondad, la liberalidad, la benignidad, la cortesía y otras muchas virtudes de este género.

»Y son todas ellas propias de la justicia y comunes á las demás virtudes. Porque, teniendo la naturaleza humana innato el principio civil y popular que los Griegos llaman político, el ejercicio de cualquiera virtud no dejará de influir nunca en la comunidad y en la caridad y sociedad humana, de que antes he hablado; y del mismo modo la justicia apetecerá las otras virtudes, para derramarse en ellas. Nadie puede guardar la justicia, sino un varón fuerte y sabio. Cual es el concurso de todas las virtudes, tal es la misma honestidad, la cual no viene á ser otra cosa que la virtud misma, ó hazaña realizada por la virtud. Por lo cual, una vida conforme á virtud debe estimarse por recta, honesta, constante y conforme á la naturaleza.

»Esta mezcla y confusión de virtudes las distingue, no obstante, el filósofo en cierta manera. Porque estando tan enlazadas entre sí, que todas participan de todas, y no es posible separar las unas de las otras, tienen, no obstante, cada cual su propio oficio, de tal modo, que la fortaleza se ve en los trabajos y en los peligros, la templanza en omitir los deleites, la prudencia en escoger entre el bien y el mal, la justicia en dar á cada uno lo suyo. Pero como en toda virtud hay algo que mira al exterior y que apetece y abraza en sí á los demás hombres, síguese de aquí que también los amigos, los hermanos, los parientes, los afines, los ciudadanos y todos los hombres, en fin, por-

que una sola es la sociedad humana, son dignos de ser amados por sí mismos.

»Pero esto no quiere decir que en ninguna de estas cosas esté el bien sumo. Hay dos géneros de cosas apetecibles: unas que consisten en las virtudes de alma y de cuerpo, con las cuales el sumo bien se perfecciona; otras que son extrínsecas, es decir, que no pertenecen al alma ni al cuerpo, como los amigos, como los parientes, como los hijos, como la misma patria, todo lo cual es ciertamente amado por sí, pero no pertenece al mismo género que las cosas antedichas. Y nadie podrá alcanzar jamás el sumo bien, si todas las cosas que son exteriores á él, aunque apetecibles, no están contenidas bajo este bien sumo.

»Pero tú me dirás: ¿cómo puede ser verdad que todo se refiera al sumo bien, si la amistad, el parentesco y las demás relaciones externas no están contenidas en este bien sumo? Precisamente por esta razón; porque las cosas que son externas, las conservamos mediante la práctica de aquellos deberes que nacen del género propio de cada virtud. El amor á los amigos y a los padres nos aprovecha por lo mismo que se cuenta entre las acciones buenas, que nacen de la virtud. Cultívenla los sabios, llevando por guía á la naturaleza, pero los hombres que no han llegado á tal perfección, aunque tengan notable ingenio, se mueven por la esperanza de gloria, que tiene forma y semejanza de honestidad. Y ¿qué gozo no nos causaría el contemplar la misma honestidad perfecta y absoluta, la más excelente y digna de alabanza de todas las cosas, cuando tanto nos alegra una confusa opinión de ella!

»¿Cómo hemos de suponer que un hombre entregado á los placeres, inflamado en las llamas de la codicia y apoderado de lo que por tanto tiempo deseó, habrá

de sentir tanto placer, como Scipión el mayor cuando venció á Aníbal, ó el segundo Scipión, cuando destruyó á Cartago? ¿Á quién ha alegrado tanto el curso del Tíber en día de fiesta, como á Lucio Paulo, cuando trajo por el mismo río al rey Perseo en cadenas?

»Levanta, pues, tu ánimo, amigo Lucio, y contempla la alteza y excelencia de las virtudes, y no dudarás ya que los hombres que participan de ellas y que viven con ánimo noble y esforzado, son felices siempre, porque saben que todos los movimientos de la fortuna y la variación de las cosas y de los tiempos son leves y de poco momento, si descienden al certamen de la virtud. Los que hemos llamado bienes del cuerpo sirven de complemento á la vida feliz, pero de tal modo, que aun sin ellos puede existir esta vida, porque es cosa tan pequeña y exigua lo que añaden al bien, que así como las estrellas quedan oscurecidas con los rayos del sol, así estos bienes apenas se descubren cerca del esplendor de las virtudes.

»Y así como decimos con verdad que estos bienes del cuerpo son exiguos y de poco momento para la vida feliz, así sería demasiada violencia decir que nada importan. Los que esto sostienen, me parece que olvidan los mismos principios naturales, que ellos han reconocido. Algo se le ha de dar, pues, al cuerpo, aunque es preciso que entiendas cuán poco se le debe conceder. Debe el filósofo que no busca tanto la vanagloria como la verdad, guardarse de no estimar en nada lo que los mismos jactanciosos estoicos confiesan proceder de la naturaleza, y al mismo tiempo estimar tanto el valor de la virtud y la autoridad de la honestidad, que todas las demás cosas parezcan, no inútiles, sino tan pequeñas que casi pueda llamárselas nulas. Esta es la doctrina de quien lo desprecia todo fuera de la virtud, y tributa á la misma virtud las

debidas alabanzas. Esta es, finalmente, la explicación completa y perfecta del sumo bien. De aquí han tomado fundamento todas las demás escuelas, queriendo cada una parecer inventora de doctrina nueva. Muchas veces Aristóteles y Teofrasto encarecieron con palabras admirables el valor de la ciencia por sí misma. Extremando esta razón, Herilo defendió que la ciencia era el sumo bien y la única cosa apetecible por sí. Mucho dijeron los antiguos sobre despreciar las cosas humanas. Esto sólo lo defendió Aristón, negando que, fuera de los vicios y de las virtudes, hubiera ninguna cosa digna de ser amada ni aborrecida. Cuentan los nuestros entre las cosas que son conformes á naturaleza el carecer de dolor. Jerónimo dijo que esto era el sumo bien. Pero Califón, y después Diodoro, amando uno los deleites y el otro la carencia de dolor, ni uno ni otro pudieron prescindir de la honestidad, tan alabada por los nuestros.

»Aun los mismos voluptuosos buscan otras diversiones, y tienen en la boca todo el día la virtud, aunque digan que por medio de ellas buscan el deleite, y luégo la costumbre llega á hacer una segunda naturaleza, que ya les mueve á hacer muchas cosas de que no esperan deleite. Solo nos restan los estoicos, los cuales no solamente han tomado de nosotros una ú otra opinión, sino que han trasladado á la letra casi toda nuestra filosofía. Y así como los ladrones mudan los signos de las cosas que han robado, así ellos, para usar de nuestras sentencias como propias, han mudado los nombres, que son como las notas de las ideas. Sólo resta, pues, nuestra escuela, única digna de los estudiosos de las artes liberales, digna de los eruditos, digna de los varones ilustres, digna de los principes, digna de los reyes.» Habiendo dicho esto, se detuvo un poco, y añadió: «¿Os parece que ya os he

satisfecho conforme á lo que yo podía, y he entretenido por largo rato vuestros oídos.» Y yo le repondí: «Tú, amigo Pisón, lo mismo hoy que otras veces, nos has dado á entender que, si pudiéramos tenerte siempre á nuestro lado, poco tendríamos que consultar á los Griegos. Y me confirma mucho más en esto el recuerdo de tu maestro Staseas, el Napolitano, peripatético ilustre, que solía explicar esto de un modo distinto, asintiendo al parecer de aquellos que dan mucha importancia á la fortuna próspera ó adversa y á los bienes ó males del cuerpo.—Así es, como dices, me respondió; pero esto lo explica nuestro familiar Antíoco mucho mejor y con más fortaleza que Staseas. Aunque yo no pretendo convencerte a ti, sino á este nuestro Cicerón, á quien deseo quitarle de discípulo.

—A mí me parecen probables estas doctrinas, dijo Lucio, y creo que á mi hermano también.—¿Permitirás, pues, á este joven seguirlas, me dijo Pisón, ó prefieres que aprenda más bien á confesar que nada sabe?—Yo le permito seguiros. Pero ¿no recuerdas que á mí me es lícito asentir á lo que acabas de exponer? ¿Quién puede dejar de aprobar lo que le parece probable?—¿Y quién, me replicó, puede aprobar lo que no tiene percibido, comprendido y conocido?—No es esta gran discordia, oh Pisón, ni hay otra cosa que me mueva á contradecir á los estoicos sino lo mal que definen la falta de percepción, diciendo que sólo puede percibirse lo verdadero, de tal modo que no deslizarse el error. Y por eso yo disiento de los estoicos, pero de los peripatéticos no. Pero dejemos á un lado esta disputa, que sería larga y muy litigiosa. Creo que has dicho con demasiada precipitación que todos los sabios son siempre felices. Sin duda te has dejado llevar del torrente de la improvisación, porque

si es verdad lo que Teofrasto enseñó de la fortuna, del dolor y de los tormentos del cuerpo, con los cuales no cree él compatible en modo alguno la vida feliz, temo que no hayas acertado en este punto, y me repugna mucho que un hombre pueda ser á un tiempo feliz y oprimido de muchos males. No sé cómo conciliar estas dos cosas.—¿No te parece, replicó, que la virtud tiene tanta fuerza, que por sí misma basta para la felicidad de la vida? Y si esto apruebas, ¿podrás negar que los que participan de virtud, aunque sufran algún mal, son felices?—Yo creo que hay gran fuerza en la virtud, pero cuánta sea, ya lo veremos en otra parte. Ahora sólo tratamos de averiguar si esta virtud puede ser tanta que merezca contarse entre los bienes.—Si les concedes á los estoicos que la virtud sola basta para hacer la vida feliz, tienes que concedérselo también á los peripatéticos. Pues los mismos estoicos, que no se atreven á calificar de malas muchas cosas, las llaman ásperas, incómodas, repugnantes y contrarias á la naturaleza; nosotros, por el contrario, concedemos que son males, pero exiguos y de poca importancia. Por consiguiente, si puede ser feliz el que sufre ásperos trabajos, también lo puede ser el que sufre pequeños males.—Si hay alguno, amigo Pison, que vea con agudeza dónde está el punto de la dificultad, eres tú, sin duda. Atiéndeme, pues, te lo ruego, porque todavía, quizá por culpa mía, no has entendido lo que yo voy buscando.—Ya estoy deseando saber lo que respondes á mi pregunta.—Te responderé, le dije, que no investigo ahora lo que la virtud puede hacer, sino las contradicciones que puede haber entre vuestros dogmas.—¿Y de qué modo? me contestó.—Porque Zenón dice á manera de oráculo: «La virtud basta por sí sola para la felicidad de la vida.» ¿Y por qué? le preguntaremos. Y

«Responderá: Porque no hay ningún otro bien sino lo que es honesto.» No trato de averiguar ahora si dice verdad; basta saber que sus principios tienen perfecta cohesión entre sí. El mismo Epicuro podría decir que el sabio es siempre dichoso, y tanto, que en los mayores tormentos puede exclamar: ¡cuán suave es esto; cuán poco me cuido de ello! No disputaré con Epicuro sobre la naturaleza del bien; lo único que diré es que no entiendo lo que él afirma, puesto que ha confesado antes que el dolor es el sumo mal. El mismo argumento he de usar ahora contra tí. Tú llamas bienes y males á las mismas cosas que reciben estos nombres entre el vulgo, que nunca ha visto un filósofo, ni siquiera pintado. Dicen, pues, que son bienes la salud, las fuerzas, la estatura, la belleza, la integridad; y que son males la deformidad, las dolencias, la debilidad. Y, aparte de los bienes corporales, pondrán también en ese número á los amigos, á los hijos, á los parientes, las riquezas, los honores, porque todos estos son instrumentos de bien. No esperes que yo diga nada contra esto, pero la verdad es que, si hay males que puedan recaer sobre el sabio, no debe bastar la sabiduría para la vida feliz.—Quizá no basten para vivir felicísimamente, pero sí para vivir con alguna felicidad.—Ya advertí que antes lo exponías de este modo, y sé que nuestro Antíoco solía explicarlo así.—Pero ¿qué cosa más fuera de todo razonable discurso que suponer que alguno es feliz, pero no bastante feliz? Cuando una cosa es bastante, lo que se le añade será excesivo, y por eso nadie es demasiado feliz, ni nadie más feliz que otro también dichoso.—Por consiguiente, me replicó: aquel Quinto Metelo que vió á sus tres hijos cónsules y á uno de ellos además censor y triunfador, y el cuarto pretor, y los dejó á todos vivos, y además tres hijas bien casadas, y él mismo fue

cónsul, censor y augur, y obtuvo los honores del triunfo, ¿te parecerá más dichoso (en la suposición de que uno y otro fuesen sabios) que aquel Régulo que murió en poder de sus enemigos, á fuerza de vigiliass y de hambre?—¿Y por qué me preguntas eso, le contesté; preguntásclo á los estoicos.—¿Y qué crees que me responderán? Que no es más feliz Metelo que Régulo.—Esto dirán sin duda. Pero nos vamos apartando demasiado de nuestro propósito, porque yo no pregunto lo que es verdadero, sino que quiero saber la opinión exacta de cada cual. ¡Ojalá que dijese que uno es más feliz que otro! Con esto solo caía en ruinas todo su sistema, porque haciendo consistir el sumo bien en la virtud sola y en la honestidad, y no siendo posible, según ellos, que la virtud crezca ni la honestidad tampoco, y no habiendo otro bien que el que cada cual posee, ¿quién puede ser más feliz que otro cualquiera, siendo así que no es susceptible de aumento aquello en que la felicidad consiste? ¿No ves cómo estas cosas concuerdan? Y á la verdad, debemos confesar que es admirable el método y la trabazón en los estoicos. En su sistema responden el fin con el principio, y el medio con entrambas partes, y todos los principios unos con otros, y se ven con claridad las consecuencias y las proposiciones contrarias. En geometría, si concedes el principio, tienes que concederlo todo. Si concedes que no hay otro bien sino la honestidad, tienes que conceder que en la virtud sola consiste la felicidad de la vida. Vuelve atrás de nuevo; de convenir en ésto, tienes que convenir en aquélllo, pero los vuestros no querrán hacerlo.

»Tres géneros hay de bienes. Muy de prisa va el razonamiento, y al llegar al fin, ya tropieza, porque aspira á probar que al sabio nada puede faltarle para ser dichoso. Honrado discurso es éste, digno de Só-



crates ó de Platón.—Y yo me atrevo á repetirlo.—No te atreverás, á no ser que repitas este otro argumento: si la pobreza es un mal, ningún mendigo puede ser feliz, aunque sea sabio. Pero Zenón no sólo le llama feliz, sino rico también. Si el dolor es un mal, el que sea crucificado no puede ser feliz. Si los hijos son un bien, es una miseria la orfandad. Si la patria es un bien, es un mal el destierro; si es un bien la salud, es un mal la enfermedad. Si es un bien la integridad del cuerpo, es un mal la debilidad. Si es un bien la vista, es un mal la ceguera. Y aunque de cada una de estas cosas pueda consolarse el sabio, ¿cómo puede sufrirlas todas? Imaginémosnos un sabio ciego, débil, gravemente enfermo, desterrado, huérfano, pobre, atormentado en un potro; ¿cómo llamarás á éste? oh Zenón. Sin duda que le llamarás feliz.—¿Y por qué no, felicísimo? Porque ya he enseñado que no caben grados en la virtud, en la cual está la felicidad suma.—Si lleváramos esta cuestión al pueblo, ¿á quién conseguirías hacer creer que tal hombre es feliz? Si la llevaras á los prudentes, quizá dudarán que la virtud puede tanto que los que la poseen son felices, aun en el mismo toro de Falaris, pero no dudarán que las opiniones de los estoicos concuerdan entre sí y las vuestras no.—Por consiguiente, ¿te agrada aquel libro de Teofrasto sobre la vida feliz?

—Mucho nos apartamos del propósito, y no pasemos adelante, oh Pisón, si es que tú profesas ese parecer acerca de los males.—Y tú, ¿no lo crees así?—No quiero tocar esa cuestión, le respondí, porque para contestarme tendrías que contradecirme.—¿De qué modo? dijo.—Porque si realmente son males, el que los padezca no será feliz. Y si no son males, cae por tierra todo el sistema de los peripatéticos.» Entonces él, sonriéndose, me dijo: «Ya veo dónde vas á parar;

temas que te quite el discípulo.—Llévale, si quiere seguirte, porque estando contigo, estará conmigo.

—Oyeme ahora, oh Lucio, continuó. A tí voy á dirigirme. Toda la autoridad de la filosofía, como dice Teofrasto, consiste en procurar la felicidad, porque á todos nos inflama el deseo de vivir dichosos. En esto convengo con tu hermano. ¿Podrá darnos la filosofía esta vida dichosa? Ciertamente que lo promete. Si no hubiera tenido la esperanza de conseguirla, ¿cómo Platón hubiera hecho su viaje á Egipto, para aprender de los sacerdotes bárbaros los números y la astronomía? ¿Por qué fué luego á Tarento á oír á Arquitas? ¿Por qué visitó á los demás pitagóricos, Echeocrates, Timeo, Acrón de Locros? Para añadir á lo que había aprendido de Sócrates la disciplina de Pitágoras y aquellas ciencias que Sócrates rechazaba. ¿Por qué recorrió Pitágoras el Egipto, y fué á consultar á los magos de la Persia? ¿Por qué pasó tantas regiones y atravesó tantos mares? ¿Por qué hizo lo mismo Demócrito, de quien verdadera ó falsamente se dice que se sacó los ojos, y lo cierto es que, por no distraer su ánimo de la contemplación, abandonó su patrimonio y dejó sus campos incultos, sin buscar ninguna otra cosa sino la vida feliz? Pues aunque él la hacía consistir en el conocimiento de las cosas naturales, es porque esperaba conseguir, mediante aquella investigación de la naturaleza, la serenidad de ánimo, que él tenía por el sumo bien, y que llamaba εὐθυμία, esto es, un ánimo libre de terrores. Pero todo esto no pasaba de ensayo, aunque notable, y lo cierto es que Demócrito dijo poco de la virtud, y esto de un modo confuso. El arte moral no floreció hasta que Sócrates, en su ciudad, comenzó á buscarle, y de él pasó á estos jardines de la Academia. Y no es dudoso que sus maestros hicieron consistir en la virtud toda esperan-

za, no sólo de vivir bien, sino de vivir dichosamente. De los nuestros aprendió Zenón; aunque, según las costumbres forenses, trató las mismas cosas de otro modo. Tú le admiras y das la razón. Pero si él evitó la acusación de inconstancia, mudando los nombres, ¿por qué no hemos de poder evitarla nosotros también? Dice que la vida de Metelo no es más feliz que la de Régulo, pero que debe anteponerse, y que no es más apetecible, pero que debe preferirse, y que si hubiera opción, debiéramos elegir la vida de Metelo y rechazar la de Régulo. Yo, á lo que él llama preferible y más apetecible, lo llamo más feliz, y ni un solo momento concedo á esta vida más que lo que la conceden los estoicos. ¿Qué diferencia hay, pues, entre nosotros, sino que yo doy á las cosas sus nombres, conocidos, al paso que ellos buscan nuevos nombres para decir lo mismo? Y así como en el Senado hay siempre alguno que pide intérprete, así nosotros tenemos que oír á éstos con intérprete. Llamo bien á lo que es conforme á la naturaleza: llamo mal á lo que es contrario. Y no soy yo solo, sino tú también, Crisipo, cuando estás en el foro ó en tu casa, aunque en la escuela lo hagas de otro modo. ¡Y qué más! ¿crees tú que los filósofos deben hablar de un modo y los hombres de otro; de una manera los doctos y de otra los indoctos? Lo cierto es que todos los hombres convienen en el valor de cada cosa, y que si los estoicos fuesen como los demás hombres, las llamarían del mismo modo. Con tal que convengan en las cosas, pueden forjar palabras á su antojo. Para que no me digas que me aparto de la cuestión, vengo ahora á la acusación de inconstancia, que tú haces consistir en las palabras, y yo creía que estaba en las cosas. Sí, has comprendido muy bien en qué coincidimos con los estoicos, es decir, en afirmar que la fuerza de la virtud es

tal, que si todas las demás cosas del mundo se ponen á la otra parte, apenas son dignas de que paremos la atención en ellas, á pesar de que ellos mismos confiesan que deben ser elegidas y tomadas y antepuestas, y tenidas en alguna estimación. Yo, que en vez de tantos nombres como aplican los estoicos, unos nuevos y forjados por ellos, y otros sinónimos (¿pues qué diferencia hay entre apetecer y elegir, y á mí aun me parece preferible lo que se elige y aquello en que cabe discernimiento?), llamo á todas estas cosas bienes, claro es que las tengo por grandes y por más apetecibles.

»Pero como en realidad no las estimo yo más, diciendo que son apetecibles, que tú llamándolas bienes, necesario es que todas estas cosas se oscurezcan, y apenas se echen de ver al resplandor de los rayos de la virtud. Me diréis que no puede llamarse feliz la vida en que hay algún mal. De este modo, tampoco podríamos llamar abundante á una mies, donde crece la avena en medio del trigo, ni ganancioso á un trato de mercaderes, donde en medio de grandes ganancias haya podido haber alguna pérdida. ¿No sucede lo mismo en la vida? Claro es que tenemos que juzgarla por su parte mejor. Y ¿es dudoso que la virtud ocupa lugar más alto entre las cosas humanas, de tal modo que oscurece á todas las restantes? Me atreveré, pues, á seguir llamando bienes á las cosas que son conformes á la naturaleza, y á no defraudarlas de su antiguo nombre, ni inventar otro nuevo, y á colocar en el otro platillo de la balanza todas las magnificencias de la virtud. Y créeme, este platillo hará inclinarse el mar y la tierra.

»Siempre calificamos los sistemas por su parte mejor y por la que más largamente se defiende. Decimos que alguien vive en alegría. ¿Dejará de ser alegre su

vida porque alguna vez se ponga triste? Marco Craso, á quien sólo una vez en su vida vió reirse Lucilio, no por eso dejó de ser apellidado ἀγέλαστος, esto es, el que no se ríe nunca. Llaman feliz á Polícrates de Samos. Nada le hubiera sucedido contra su deseo, si no hubiese arrojado al mar el anillo en que se deleitaba. ¿Le llamaremos infeliz por esta sola molestia? ¿Le volveremos á llamar feliz, cuando este anillo se encontró en las entrañas de un pez? La verdad es que si era necio, y no podía dejar de serlo siendo tirano, nunca fué dichoso. Y si hubiera sido sabio, tampoco habría podido llamarse infeliz, cuando le crucificó Oroetes, pretor de Darío. Me dirás que padece el sabio muchos males. ¿Quién lo niega? Pero estos males los oscurece la grandeza de la virtud. ¿Y ni siquiera concederéis á los peripatéticos que la vida de todos los varones honrados y sabios y ricos en todo género de virtudes tiene más de bien que de mal? ¿Quién dice esto? ¿Sin duda los estoicos? De ningún modo; los mismos epicúreos, que lo miden todo por el placer y por el dolor, afirman que al sabio le acontece con más frecuencia lo que quiere que lo que no quiere. Si tanto conceden á la virtud los mismos que dicen que, á no ser por causa del deleite que esperan, no alargarían siquiera la mano para alcanzarle, ¿qué hemos de decir nosotros que, una virtud de ánimo, aunque sea pequeña, la anteponeamos á todos los bienes del cuerpo, de tal modo que en presencia suya ni siquiera debe nombrarse? ¿Quién es el que se atreve á afirmar que puede el sabio, en alguna ocasión, dejar para siempre la virtud, á trueque de librarse del dolor? ¿Quién de vosotros diría que es mejor hacer alguna cosa torpe con deleite que honesta con dolor?

•Parécenos que aquel Dionisio de Heraclea se apartó con poca gloria de los estoicos por un dolor de ojos.

Sin duda Zenón no había llegado á persuadirle que no hay dolor, cuando duele. Había oído sin duda, pero no había llegado á entender, que aquel dolor no era un mal, porque no era torpe y podía ser tolerado. Si Dionisio hubiese sido peripatético, habría permanecido, según creo, en su parecer, porque los nuestros dicen que el dolor es un mal, pero sobre el modo de padecerle con fortaleza dan el mismo precepto que los estoicos. Y tu maestro Arcesilao, aunque fué más pertinaz en la disputa, pensó, sin embargo, como los nuestros, porque era discípulo de Polemón. Atorméntandole un día los dolores de la gota, vino á visitarle Carneades, muy amigo de Epicuro. Y como al retirarse se mostrara triste, «quédate aquí, le dijo, oh amigo Carneades, porque nada de *aquí* llega á *allí*;» y diciendo esto, le mostró los pies y el pecho: y sin embargo él hubiera preferido no tener aquellos dolores. Este es nuestro sistema, que á tí te parece inconsistente; es tal la augusta y divina condición de la virtud, que donde ella está, no puede haber miserias ni calamidades, aunque sí trabajo y molestia. Y por eso no dudó en decir que todos los sabios son siempre felices, pero que puede haber unos más felices que otros.—En esto es en lo que debías haber insistido, oh Pisón, y si lo hubieras probado, no sólo á nuestro Cicerón, sino á mí mismo, nos hubieras llavado á tu escuela.»

Entonces dijo mi hermano Quinto: «A mí bien probado me parece. Y me alegro de ver que la filosofía que antes estimaba yo por mayor riqueza que todas, pidiéndola auxilio para todos mis estudios, haya resultado también más aguda que todas las demás escuelas, á pesar del parecer de algunos en contrario.—Pero no más que la nuestra, replicó Pomponio riéndose. De todas maneras, muy grato me ha parecido

tu discurso. Lo que yo no creía que podía decirse en latín, lo has dicho tú, y no con menos claridad que los Griegos y con palabras propias. Pero ya es tarde: si queréis, volveremos á mi casa.

Dicho esto y terminada la disputa, nos volvimos todos á la ciudad á casa de Pomponio.

FIN

**U.N.A.M.**  
**MARIO DE LA CUEVA**